

Muerte y memoria de un poeta

El escritor Eduardo Apodaca, una de las voces más auténticas de la poesía urbana del último cuarto de siglo, ha fallecido. Apodaca es autor de una poética de perfiles singulares, recogida en dos libros: 'Introducción a la Tierra' y 'Sus ojos diminutos'

Vida y poesía en Eduardo Apodaca

La poesía de Eduardo Apodaca Urquijo, el poeta que acaba de morir en su ciudad, Bilbao (1952-2006), está recogida en dos libros, que ya forman parte de la historia de la poesía vasca: *Introducción a la Tierra* (Lurrerako atari gisa, 1991) y *Sus ojos diminutos* (2004). Me correspondió en suerte ser el editor de ambos volúmenes. Nunca quise ser editor, y lo he sido por razones que no son al caso, pero ahora siento como parte de lo mejor que me haya sucedido nunca haber editado toda la poesía de mi amigo y, lo que es más importante, sostener el título de la amistad hasta la última hora. Me confió el día anterior a su muerte su propósito de editar los últimos poemas agavillados, hechos en el lento quehacer del rigor sin contemplaciones.

El primer volumen de su poesía lo publicamos en la colección *Poesía Vasca Hoy*, que fundé y dirigí durante diez años para la Universidad del País Vasco. En el libro, además de los poemas escritos por Eduardo entre 1968 y 1988, se publica una en-

trevista con el poeta, realizada por Iñaki Ezkerra, que es un verdadero tratado de vida, poesía y memoria. Se trata de treinta respuestas a cuestiones fundamentales. En una de ellas, Apodaca afirma: "Odio la poesía porque me ha hecho vivir".

Con Eduardo Apodaca no se ha muerto un hombre o un amigo: se ha ido parte del mejor sentido de la vida que se pudo advertir en la suya, y que se derrama y sostiene en su poesía. Por de pronto, no hay otro consuelo. Se hallaba Eduardo estudiando euskera por un método muy sugerente: analizar en la calle todos los títulos que aparecen en dicho idioma, hasta comprender su sentido. Celebró en su día la traducción que Luigi Anselmi había hecho de su *Introducción a la Tierra*. Eduardo hablaba con los luminosos urbanos, como hablaba con los pájaros y con la Tierra. Una Tierra con mayúscula que aparece también en *Sus ojos diminutos*, un libro más sensual, naturalista y urbano a la vez, como nos había dicho ya Eduardo en otro de sus poemas:

NOCHE DE BILBAO

*La ciudad ha cerrado portales y persianas
una nostalgia de motores se va
anegando en el silencio,
en bares abiertos todos sueñan
que son hombres. Nadie me conoce aquí*

*Con mi chaqueta gris que tiene
el color de las sombras
olvidadas y mis pantalones
sucios como carteles
viejos, soy cada pared que veo
cada gota de agua
ya olvidada que aún cae de árboles y tejados*

Entro en un bar, enciendo un cigarro,

*me doy cuenta de que el cigarro
como yo es invisible, me calo
la boina hasta los ojos para
fumar con el calor
que siento, esta noche en que
la luna está en Ceilán*

*Un gato, que ha quedado en la calle
porque encontró al volver
su puerta ya cerrada, sigue maullando
como un quejido
envuelto en carne que se siente,
todo es inmensidad
que nunca se interrumpe parece que me voy*

Félix Maraña

ESTE, QUE OCULTO LLEVO EN LA MATERIA,
el dolor es éste el verdadero;
que fuerte yergue a veces su cabeza,
e inunda de rugido amedrentado
la soledad del mar. O muere y vive,
empero, sin llegar a la conciencia,
urdiendo en el silencio sus más tristes
derrotas; cuando ya en aquella espera
a cegarme me atrevo en rascacielos
de inteligencia, con un cielo oscuro
más que el otro reflejo del asfalto.
Dolor; tanto ya me hundes en las sombras,
que el caminar de los deformes sueños
amenaza llevarme para siempre.

Eduardo Apodaca

Lento regreso a la tierra

*Ah, si bebiera un sorbo del vino
que se enfría
mucho tiempo en el seno de la tierra...
...y que al beber me aleje del mundo
sin servisto
y me pierda contigo por la espesura umbría!
Perderme en lo lejano, disíparme, olvidar
lo que no has conocido jamás entre las ramas:*

John Keats

Todo en la obra poética de Eduardo Apodaca es tránsito, todo es materia sólida y sin embargo efímera, ningún cuerpo afirmado niega su inconsistencia, ningún paisaje permanece durante mucho tiempo igual a sí mismo, todo avanza para ver cumplida su gravedad. Todo es rastro, huella que la tierra reabsorbe y no devuelve; todo aspira a su consumación, surge de toda desaparición lo real.

La duda de existir, "las memorias y los ruidos", el dolor, la mente en su vuelo y caída, desvela su condición de pájaro, átomo, historia olvidada de su extraviada eternidad. El errático recuerda entonces que la ciudad se erige sobre los cimientos de un bosque y avanza, se traspone a sí mismo en cada paso, y su paso es planetario. Con cada traslación quiere que el tiempo cese, que el dolor de los simulacros desaparezca, como afirma en tantos de sus poemas.

Belleza, realidad-verdad, dolor. La tríada romántica encuentra un renovado lu-

gar en el hombre Eduardo Apodaca, y adquieren la forma de lo sagrado en los pequeños indicios: ríos, árboles, hojas, pájaros, que nos dan noticia de los centros de la Tierra en la noche de los bosques.

Regresos a la tierra que guardan el eco de los pasos de Keats por la misma enramada; pasos de otro errático, leves, etéreos, con una misma callada voluntad de desaparición.

Una misma aspiración a la disolución y el misterio habita la huella de ambos poetas; ambos se aventuran por los resquicios de la trama que contiene al mundo, transgreden las mallas, los lentos cedazos del tiempo, todos los velos de Eleusis; serenos y conscientes respiran el mismo éter, sorben los jugos y vapores que exhala la tierra.

Los bosques son salas capitulares, entre las columnas del Telesterion se reúne y recoge el iniciado al abrigo de todos los inciensos que adivinara Keats en las ramas.

Al igual que en el poeta romántico, en Eduardo Apodaca se aúnan sensación y pensamiento, vivencia de la realidad y éxtasis. En ambos la experiencia poética se resuelve en la comunión del paisaje con la mente que observa y desteje, y no aspira a otra cosa que a ser definitivamente abatida. "Hay algo en la poesía - asegura Apodaca - que, como en la naturaleza, es anterior al artificio".

Pronunciar la Naturaleza, adquiere la

forma de un conjuro que tantea en cada rincón de los bosques un rendido acceso al misterio.

"Con la frente recostada sobre la hierba" se disuelve la farsa de las sombras, la muda mascarada de los espectros. "¡Que venga una época tan libre de ansiedades/ que yo nunca conozca cómo cambian las lunas/ ni escuche el ajeteo del buen entendimiento!", exclama Keats, para conjurar la vana imaginaria del oculto Amor, la Ambición en la fiebre de los hombres y la Poesía que en vano emula el placer doloroso de los letargos de la tierra.

Al mismo tiempo, sentado a la misma mesa, Eduardo levanta su copa y bebe el "cálido vino de la nada", traspone el umbral de los mismos templos, "cómplice y prisionero en la madera de los nudos de los árboles", abrazado "a los alientos calientes de la tierra", "arriba al mundo, sin querer abandonado" y "su carne toca sus ramas"; reconoce ahora "La sola extensa

realidad" de su cuerpo y, desde el vientre de John Keats, proclama Eduardo Apodaca:

*... Qué grande es la realidad.
No quepo en ella. Y todas las tardes
el cielo va teniendo
un azul más tenue. Mundo, no
quiero abandonarte;
por eso los atardeceres me gradúan,
tentáculos
negros como el útero o la ambigüedad
de la noche.
Te contemplo
en un camino hacia ti, único paisaje;
y sin mí ser tú.
Pero tú eres más grande que
el cambio de tus leyes.
Toco la realidad. Y sus átomos,
dispersados, quemán.
No hay sueño. Y no me puedo morir.*

Jon Obeso Ruiz de Gordoa



Eduardo Apodaca, el desalojado

Del hombre huidizo, auténtico hasta el fondo, si fondo hay más allá, debajo de la superficie, irreductible, inalcanzable registro y fuerza de aquel que ya no aspira a nada, lejano y próximo y extrañado, y entrañable, a un tiempo, irremediable, incurablemente enfermo de esa enfermedad crónica e incurable, cuando es verdad, y de la que no existe derecho a la curación, que es la poesía, Eduardo Apodaca su nombre, queda aquello que resbaló entre nosotros como todo lo que es, la sombra del que pasa, y nos sobrepasó por el costado del que nunca nos sabremos, nos podremos resguardar. La perplejidad de lo real y de lo que, al mismo tiempo, lo rebasa. De lo que nada ni nadie puede simplificar, aunque tanta consigna hay para ello, sobre ello, acerca de ello. De esa rara especie de los hombres que escapan de todo y de todos, salvo de sí mismos y del hombre, aunque malheridos, al discreto y terrible precio de tener que pagarte tu vida de tu propio bolsillo, y empeñan su vida a cambio de unas pocas palabras. Las pala-

bras afiladas, complejas, más allá del sentimiento, de la idea, de los objetos y sus formas, de ese poeta que seguirá siempre entre nosotros, de ese hombre en tránsito, de ese hombre condenado por todo y ante todo, de ese hombre y poeta esclavo y libre de cada cosa mínima y total, del detalle de la mínima gloria y desperdicio de cada paso, de cada instante del camino, que nadie sabrá, y fuiste tú, de aquel hombre y poeta desalojado que fue y es, y ahora ya se aloja definitivamente en nosotros.

De aquel país claro y confuso a un tiempo, como el mundo mismo, es la poesía verdadera, y la poesía de Eduardo Apodaca, su verdadera patria, y lo real, más allá del imaginario, y la infancia como eternidad, como él afirma, como inocencia que aún no ha descubierto la muerte, la injusticia, como estado sin territorialidad alguna más que como existencia.

De la cercanía y la lejanía, que son tan difíciles de demostrar a veces, quedará siempre Eduardo Apodaca, el Errático.

La palabra que voló, entre nosotros, y la

que quedó atrapada ente las páginas de un libro, más allá del significado. Pura donación de sí mismo y asombro. Prendido, desprendido, misterio del misterio, hecho poema.

Como él nos dice:

se va por otra calle.

Y nosotros impotentes ante el crimen, que da a luz otro mundo sin nosotros, cada vez que nos vamos. Sólo pudiendo decir estas palabras.

Con su palabra, su mirada inocente, su forma de ser y de no estar, su paso leve para no asustar a las palomas, entre los tilos de don Miguel, *Introducción a la Tierra* dijo: cuanto no cabe en ella, porque es mayor.

Pero aquel que se desvanece como el día, y habita el silencio, y en nosotros, está ya condenado a amanecer cada mañana, cada oscuridad, como la palabra de la que fue presa.

Carlos Aurtenetxe



Txori-poeta

Eduardo Apodacarena (Bilbo 1952-2006) poesia benetakoa eta zintzoa da, txorien kantua bezala arratsaldean belardietan, txantxangorri, karnaba, zozo, eta abar. Misterioz bete dago, amodioaren bila etengabe, askatasun-bolada bakoitzean, ilargien paisaia bakoitzean. Baina nor interesatzen da hemen txorien kantuz?

Txoriaren kantua eguerdian edo gauerdian, argitasunaren gorespina, melodia bere horretan, hitza musika egina. Eduardo Apodacaren gaitasuna bere bizi-jarrera da, poemarik ederrera, mugagabea. Libre izatera kondenatua dagoen txoria, txantxangorri, karnaba, zozo, eta abar. Txoriaren kantua leihotetan.

“Zurea da, olerkiaren/irudi bete-betea./txori artean ikasi zenuen/begiradaren hegaldia./Neu, guztien laguna/izan nintzen hau,/atzetik orpoz-orpo eta zelatan nauzu./Ezin jasan nezake/txorien ahantzura.”, dio Apodacak “Maitasuna” poeman, Luigi Anselmik euskaratua *Lurrerako atari gisa* (1991) liburuan. Txantxangorri, karnaba, zozo, eta abar, ez dute ahaztuko, txoriek ez behinik behin, ez arrats honetan ez inoiz.

José Luis Padrón

El pájaro solitario

Eduardo Apodaca, definitivamente, se nos ha hecho transparente, *sólo de aire*, en su tumba de luz. Ha volado lejos, fuera de sí, de su cuerpo abandonado, hacia todas partes y ningún lugar, para que le podamos ver mejor en su quieta ausencia; con mayor lucidez, ha cantado desde dentro de su propio silencio. En otros términos: *vive invisible* y ha desaparecido para poder ser. Y como ave de lejanías ha calculado la distancia exacta donde la palabra es visible y es forma real de lo ausente. Se nos ha llevado en vuelo (*Un pájaro es ahora mi cuerpo*) al último cielo. Apenas nos encontramos con él, llegaron, de pronto, con el viento la DESPEDIDA: “Si de ti yo me voy / que sea sólo de aire; / que vuelas tú por él, / ave de todas partes”, y *los adioses abiertos*.

Aprendió la poesía de la mejor manera posible: entre los pájaros de la infancia y las aves tristes de *místico encanto*. De su oficio volador y cantor (*Sin el problema que el lenguaje crea, / música y vuelo son la misma cosa*). A respirar, como ellos, de lo más alto. A poner entera la vida en los esqueletos del otoño, y todo el amor sobre las ruinas del tiempo; el deseo en la extensión íntima del bosque. Pájaro cantor, él mismo, errante, uno más entrando y saliendo del árbol como del poema.

En él se han dado unidas naturaleza y realidad, se han cumplido vida y obra, como antes se dieron cumplidas en San Juan de la Cruz, y que en *Dichos de Luz* y *Amor* dejó escrito: “*Las condiciones del pájaro solitario son cinco: la primera, que se va a lo más alto; la segunda, que no sufre compañía, aunque sea de su naturaleza; la tercera, que pone el pico al aire; la cuarta, que no tiene determinado color; la quinta, que canta suavemente*”.

Yha guardado, para siempre, en *sus ojos diminutos* la luz sin rumbo del infinito, las maravillas del misterio insondable de lo real, y del amor *la huida*. Y al volar con la mirada, al elevar la palabra, ha planeado la imagen del mundo.

Emilio Varela Froján

Gris transparente

“Qué grande es la realidad. No quepo en ella”. (Eduardo Apodaca: *El barco*)

El poeta se sitúa en la realidad haciéndola íntima, y desde ella nos describe su itinerario para que le acompañemos flotando en la “gris transparencia de las calles amadas”. Somos humedad de fachadas con corazón. Permanecemos sigilosos junto al agua bajo “estrellas vistas entre las nubes viajeras”. El poeta nos deja estar con él. Es generoso.

Eduardo Apodaca impone sobre nosotros un cielo constante y permanente, que suele ser testigo neutral o telón de fondo de una luna urbana. Nos invita a caminar como él por sus paisajes, sin dar la espalda al “cruel espectro que maneja la idea de belleza”. No nos importa compartir su angustia porque el lirismo discreto de su poesía nos reconforta.

“Y despiérteme la luna,
desde otro mundo
vista; su semblante eterno, cálido
vino de la nada”.

(Eduardo Apodaca. “Ciudad”)

Kepa Lucas